

7212-2
EL TEATRO

2070

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

CERO Y VAN CUATRO

HUMORADA

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RAFAEL RAMIREZ Y ENRIQUE JIMÉNEZ DE QUIRÓS



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Guillón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1898

2



CERO Y VAN CUATRO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CERO Y VAN CUATRO

HUMORADA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RAFAEL RAMÍREZ y ENRIQUE JIMÉNEZ DE QUIRÓS

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 11
de Noviembre de 1898



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1898



A Ricardo Manso



Al dedicarte este juguete cumplimos con un deber de amistad y de gratitud, de modo que no nos lo tienes que agradecer.

Haz extensivo nuestro reconocimiento á Conchita Ruiz (que es una actriz de cuerpo entero), Pepe Calle, Pepe Ponzano y Enrique Martínez.

Rafael Ramírez.

Enrique Jiménez de Quiros

REPARTO



PERSONAJES

ACTORES

AURORA.....	Sra. D. ^a Concepción Ruiz.
DON CARLOS.....	Sr. D. Ricardo Manso.
ERNESTO.....	José Calle.
GONZALO.....	José Ponzano.
BAUTISTA (1).....	Enrique Martínez.



La acción en Madrid.—Época actual



Derecha é izquierda las del actor

(1) Este personaje hablará con marcado acento andaluz.

ACTO UNICO



Comedor de casa acomodada. Puerta al foro y laterales. A la derecha, y en primer término, chimenea

ESCENA PRIMERA

DON CARLOS, ERNESTO, GONZALO y BAUTISTA. Al levantarse el telón aparecen los tres primeros tomando café. Don Carlos en un velador cerca de la chimenea, y los otros en la mesa; Ernesto sentado á la derecha y Gonzalo á la izquierda

CARLOS Indudablemente no hay nada como una taza de café después de almorzar.

GONZ. No estamos conformes.

CARLOS Sería un milagro que tú estuvieses alguna vez conforme con los demás.

ERN. Y tan milagro como sería.

GONZ. No estamos conformes, porque mejor que una taza de café después de almorzar es una copa de coñac después del café.

ERN. No tienes razón en lo que dices.

CARLOS Pues, señor, tempranito habéis armado hoy la discusión de todos los días.

GONZ. ¿Por qué no tengo razón?

ERN. Porque mejor que una copa de coñac después del café es un tabaco después del coñac.

CARLOS Si seguís por ese camino, acabaréis por llegar otra vez al almuerzo.

GONZ. Ahora tiene usted razón. (Pausa.)

ERN. ¿Se le ha pasado á usted ya el disgusto que

- le produjo la carta de su socio de Canarias, anunciándole peligros y quebrantos para sus intereses?
- CARLOS No del todo, porque, como comprenderás, no es un plato de gusto encontrarse con la pérdida probable de cinco mil duros.
- GONZ. ¡Cosas de la vida!
- CARLOS Y el caso es que ni yo puedo ir á Canarias ni me decido á que vaya uno de vosotros.
- ERN. Claro es.
- GONZ. ¡Pues no faltaba más!
- CARLOS Lo que me tiene muy disgustado es que tú, (Por Ernesto.) según costumbre, te hayas retirado á casa ya de día, y tú poco menos.
- ERN. Perdone usted, mi querido tío; pero además de que la vida por la noche me encanta, me sucede que algunas veces juego, y cuando pierdo...
- CARLOS Como te sucede siempre.
- ERN. Sí, y como me ocurrió anoche, me quedo en el casino buscando el desquite hasta que hay partida.
- CARLOS ¿Y tú en qué has pasado la noche?
- GONZ. Yo leí á varios amigos en el círculo literario La Tabarra, mi último drama, y después nos quedamos discutiendo el asunto, las situaciones, los caracteres, etc.
- CARLOS Siempre dedicado á la poesía.
- GONZ. Es la religión de mi vida.
- CARLOS Supongo que cuando te declares á una mujer lo harás en verso.
- GONZ. El amor no necesita ser expresado en verso; él por sí es todo poesía.
- ERN. Como que es la única de la vida.
- GONZ. Hasta el extremo de que, si se suprimiera en el mundo, quedaría suprimido todo.
- CARLOS ¡Qué entusiasmo! ¡Qué atrocidad! ¡Con qué fuego habláis! Cualquiera diría que estábais enamorados.
- ERN. Yo juro á usted que no.
- GONZ. Ni yo, y me alegro, porque tengo miedo de enamorarme.
- CARLOS El que no améis no es un obstáculo para que os amen.

- GONZ. Cierta. Y sucede que al que quiere menos le suelen querer más.
- ERN. Hay de todo.
- CARLOS Ya sabéis que no me opongo á que, sin dejar de ser caballeros, corráis toda clase de aventuras.
- ERN. ¿Todas?
- CARLOS Menos la del matrimonio.
- ERN. Eso no sería correr una aventura.
- GONZ. Claro. Eso sería correr un temporal.
- CARLOS Bien dicho.
- ERN. Exageran ustedes.
- GONZ. El matrimonio es una cosa y el amor es otra, y yo estoy del primero á una distancia *telescópica*.
- ERN. Vamos; ya salió Gonzalo con uno de sus adjetivos.
- GONZ. Hablo así porque me gusta elevar el lenguaje.
- ERN. Y hacer el ganso.
- GONZ. El ganso lo harás tú.
- CARLOS A ver si callais. No he visto unos primos como vosotros; siempre estais disputando. Volviendo á la cuestión del matrimonio os diré, que el odio que le profeso es justo, no caprichoso, pues si yo, siendo alférez de navío y sirviendo en la fragata *Resolución*, tomé la irrevocable de no volverme á casar y juré su cumplimiento con la mano puesta sobre la cruz de mi espada y mis labios sobre el botón de ancla, fué por una partida serrana que me jugó una mujer, que por sus pocos años y su aire de colegiala inocente parecía un ángel.
- ERN. No se acuerde usted de eso. Ya nos lo ha contado usted muchas veces. Y, sobre todo, ¿qué culpa tienen las demás mujeres de que aquella se fuese con un pastor protestante?
- CARLOS ¿Cómo? ¿Te atreves á defender el matrimonio?
- GONZ. Es lo único que le faltaba.
- ERN. No lo defiendo. Digo solamente que no todas las mujeres son malas, y que cada cual habla de la feria según le va en ella.

- CARLOS Sabed una vez más, que mientras permanecais solteros no os faltará mi cariño ni mi bolsillo, pero el que se case, que no cuente conmigo para nada.
- ERN. (¡Ya escampa!)
- GONZ. Para mí esa advertencia es inútil, porque sé que el matrimonio es la cuna del hastío y el sepulcro del amor.
- CARLOS ¡Bravo, Gonzalo! Esa frase te acredita de pensador profundo.
- ERN. No es suya.
- GONZ. Pero la hago mía, que es igual.
- ERN. Y el drama que leiste anoche, ¿es tuyo ó lo has hecho tuyo?
- GONZ. ¿Está usted viendo? Qué ganas de cuestión tiene Ernesto.
- CARLOS Silencio, y hablemos de otra cosa. ¿Vendrá hoy la doncella que has encargado? (A Ernesto.)
- ERN. Sin falta ninguna.
- CARLOS Al demonio se le ocurre despedir sin el menor motivo y en vísperas de viaje á una doncella tan buena como la que teníamos.
- ERN. También es buena ocurrencia la de usted, marcharse al campo en el rigor del invierno.
- CARLOS En aquella finca se disfruta de una temperatura agradable y por eso me voy yo, huyendo del frío de Madrid.
- GONZ. Pero nos vamos á morir de aburrimiento.
- ERN. No me pesa haber despedido á la doncella porque le sucede lo que á todas las criadas cuando llevan mucho tiempo en una casa, que se ponen insoportables.
- GONZ. (Sobre todo cuando son feas.)
- ERN. Además, la que no tardará en venir es inmejorable, según me han informado.
- CARLOS Dios lo haga.
- ERN. Ha estado sirviendo últimamente en casa de don Lucas del Toro, el notario de la calle del Pez, ya sabe usted...
- CARLOS Sí, sí.
- GONZ. Vamos á ver, tío, ¿por qué no desiste usted de ese viaje?
- ERN. Verdad que es un capricho...

- GONZ. Sobre todo llevándonos á mi primo y á mí.
CARLOS Silencio. ¿De cuando acá se discuten mis actos? Soy muy viejo y el poco tiempo que me queda de vida quiero hacer mi voluntad. Cuando me muera, tiempo tenéis de hacer la vuestra.
- ERN. Siempre sale usted con lo mismo, cuando está usted más fuerte que un roble.
- GONZ. Si parece usted un pollo.
CARLOS (Con cariño.) Aduladores. ¿Cuánto perdiste anoche?
- ERN. Al *poquer* cincuenta duros, y al faraón veinte; pero de la manera más tonta del mundo, sin ligar un punto medio regular.
- CARLOS Esa pérdida corre de mi cuenta.
ERN. Qué bueno es usted.
CARLOS Y tú, Calderón en estado de canuto, ¿qué título tiene el drama que has leído en La Tabarra.
- GONZ. *Sacrilega y adúltera, ó el subterráneo de los crímenes y de las orgías.*
- ERN. ¡Agua val!
CARLOS ¡Horror!
GONZ. ¿De qué se asombran ustedes?
CARLOS De que ese drama, á juzgar por el título, es capaz de poner los pelos como alfileres.
- ERN. Yo creo que tus obras no se representan por la envidia que te tienen otros autores.
- GONZ. Siempre hablas con una intención *prúsica*.
ERN. Dale con los adjetivos.

ESCENA II

DICHOS, AURORA y BAUTISTA

- AUR. (Por el foro con mantilla y un bulto en la mano.)
¿Da usted su permiso?
CARLOS Adelante. (¡Buena mujer!)
BAUT. (Haciendo mutis foro.) (¡Vaya una gachí con circunstancias!)
GONZ. (¡Vaya una cara!)
AUR. Buenas tardes. ¿Cómo están ustedes?

- CARLOS }
GONZ. } Muy bien, ¿y usted?
- AUR. Buena, gracias. Soy la doncella que un caballero ha ido á encargar á la agencia, y vengo á ver si me admiten ustedes.
- ERN. (¡Dios nos coja confesados!)
- CARLOS Usted dirá qué es lo que sabe hacer.
- GONZ. (La chiquilla es superior.)
- AUR. Pues yo sé coser, bordar, planchar y zurcir, y á falta de cocinera sé hacer una pepitoria, croquetas, estofados, asados, pistos y alguna que otra ensalada.
- ERN. (No es mala en la que te has metido.)
- CARLOS Me parece muy bien.
- GONZ. Y á mí.
- AUR. Y en caso de apuro haré cuanto usted me mande y cuanto sea necesario hacer.
- CARLOS ¡Soberbio! Así me gustan á mí las criadas.
- GONZ. (Y á mí.)
- AUR. (¡Con qué frescura miento cuando yo no sé hacer nada!)
- CARLOS Debo advertir á usted que nos vamos á vivir al campo muy pronto, y esto quizás no le convenga.
- AUR. Lo mismo me da vivir en Madrid que en cualquiera otra parte. Además, yo sigo á mis amos con el mayor gusto, aunque vayan al fin del mundo.
- CARLOS Perfectamente. Ahora sólo me resta saber qué salario quiere usted ganar.
- AUR. ¡Oh! por Dios; el que usted quiera. No hablemos de eso.
- CARLOS De ninguna manera. Es preciso que lo fijemos antes.
- AUR. Si usted se empeña ..
- CARLOS Ya lo creo.
- AUR. ¿Le parece á usted bien que gane cuatro duros al mes?
- CARLOS Corriente. ¿Cómo se llama usted? (Toca un timbre.)
- AUR. Verónica, para servir á Dios y á usted.
- CARLOS Pues bien, Verónica, queda usted admitida.
- AUR. ¡Oh! Muchas gracias, señor don...
- CARLOS Carlos, Carlos Gutiérrez.

AUR. Pues, muchas gracias, señor don Carlos.
GONZ. (Me parece que me ha mirado con pasión.)
ERN. (¿En qué parará todo esto?)
BAUT. Señor...
CARLOS Dí á esta joyen cuál es su cuarto.
BAUT. Está bien, señor.
AUR. Con el permiso de ustedes.
CARLOS }
GONZ. } Adiós.
BAUT. (Haciendo mutis por el foro con Aurora) (¡Olé las mujercitas zaragateras!)

ESCENA III

DON CARLOS, ERNESTO y GONZALO

CARLOS ¡Qué buena impresión me ha producido la nueva criada! ¡Qué modosa es y qué lista parece.
ERN. Ya dije á usted que me habían dado los mejores informes.
GONZ. Y creo que no te han engañado.
CARLOS Dios quiera que sea así. Vaya; me voy á mi despacho á contestar esta carta y á leer los periódicos. (Se levanta.)
GONZ. No haga usted semejante cosa, que, según dice el refrán, «después de comer no se debe leer.» (Se levanta.)
CARLOS Eso dicen, pero ¡quíá!
ERN. Pero si el tío no ha comido. Lo que ha hecho ha sido almorzar. (Se levanta.)
GONZ. ¿De veras? Te habrás quedado descansado.
CARLOS ¿Empezais otra vez á cuestionar?
GONZ. No quiero cuestiones; pero no es justo que Ernesto eche á broma el que yo diga á usted que no lea después de almorzar, sobre todo habiendo almorzado como usted lo ha hecho, con un hambre *pedagógica*.
ERN. Otro adjetivo. Hombre, eso es ya faltar.
CARLOS Como no ceseis en vuestras cuestiones acabaréis por darme un disgusto *apoplético*. ¡Toma adjetivos! Conque, hasta luego, buenas personas. (Vase por la derecha.)

- GONZ. Hasta luego, príncipe de los hablistas.
ERN. Hasta después, rey de los solterones.
GONZ. Yo también voy á vestirme, para ir haciendo ya algunas visitas de despedida. (Vase primera derecha.)
ERN. Y yo me voy á contestar unas cartas. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

AURORA por el foro, en traje de casa

Pues, señor, ya estoy en el pleno ejercicio de mi nueva profesión. Y confieso que estoy satisfecha del valor y de la serenidad, ó mejor dicho, de la frescura con que me he presentado en esta casa. ¿Cómo saldremos de este conflicto que nos ha originado la maldita ocurrencia del tío de mi marido, de mi Ernesto, de irse á vivir al campo? Y el caso es que el conflicto no tenía otra solución que la que se le ha dado, porque yo no podía quedarme con mis padres, por estar disgustados con ellos á causa de mi casamiento; ni sola tampoco podía quedarme, porque en el campo no podía justificar Ernesto con pérdidas en el juego y con otras cosas las frecuentes peticiones de dinero que hacía á su tío, y cuyo dinero me daba para que yo viviera. ¡Qué cosas más originales me pasan! Primero, ser una mujer casada y sólo ver á mi marido á ciertas horas, y teniendo éste que ocultar sus visitas, como si yo no fuera su esposa, y como si él fuera un calavera, cuando es un bendito; y ahora tener que convertirme en una criada, cosa también verdaderamente rara, porque llegar de criada á señora es una cosa frecuente, sobre todo si la criada es joven y bonita; pero que una señora como yo, que es, además, mujer de ciertas circunstancias, se convierta en una criada, es un caso nuevo que tenía la suerte reservado para mí. Y pensar que la culpa de

todo la tiene aquella mujer del tío de mi marido, que se fugó con otro.. ¡Maldita fuga! Digo, malditas fugas, la de la novia de mi tío político y la de éste á su finca, que así arda por sus cuatro costados.

ESCENA V

DICHA, ERNESTO. Luego BAUTISTA

- ERN. (Por la derecha.) ¡Aurora!
AUR. ¡Ernesto!
ERN. Estoy que me pueden ahogar con un cabello.
AUR. No temas nada, me sobra valor para todo.
ERN. ¡Cuánto tengo que agradecerte! Tú, tan delicada, que nada sabes hacer, porque siempre has tenido todo género de comodidades, tener que servir ahora...
AUR. Ya verás qué pronto aprendo á todo. Además, mi nueva posición, sobre ser graciosa, tiene para mí el encanto de la novedad.
ERN. Verdad es que desde que nos casamos nuestra situación no deja de ser accidentada y original.
AUR. Ya lo creo que lo es. Hace un momento estaba yo pensando lo mismo.
ERN. ¡Si mi tío supiera que esas noches que él supone pasadas jugando en el casino ó cenando en Fornos, no muy bien acompañado, las pasaba al lado de mi mujercita, de mi Aurora, de la que cada día estoy más enamorado!..
AUR. ¡Embustero!
ERN. Deja que por anticipada dé en esa mano de jazmín todos los besos que ya no podré darte cuando quiera.
AUR. No seas impaciente, que pudieran vernos.
ERN. ¡Déjame, monísima!
AUR. No quiero. Vete, por favor. (Después de una resistencia débil, Ernesto consigue besar la mano de Aurora, y es visto por Bautista, que sale por el foro.)
BAUT. (Aquí, el que no corre, vuela. Haré ruido

para llamarles la atención.) (Se vuelve de espaldas al público y hace ruido en un aparador.)

AUR.

¡Dios mío, nos habrá visto!

ERN.

No creo, y aunque nos haya visto no temas nada, que es muy bruto. (Alto y con imperio.) Que á la noche cuando vuelva, sin excusa ni pretexto de ningún linaje, esté arreglada la ropa del modo que le he dicho.

AUR.

Descuide usted, señorito, que estará.

BAUT.

Señorito Ernesto, el señor le llama á usted.

ERN.

Voy en seguida. (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

AURORA Y BAUTISTA

BAUT.

(Quitando el servicio de la mesa.) (Aunque ella se resistía mucho, si yo tardo en llegar, Dios sabe lo que pasa aquí.) (Viendo que Aurora se marcha.) Pero, qué alma tienes, mujer; ves que estoy trabajando como un negro, y no eres para ayudarme.

AUR.

(¡Dios mío, qué franqueza!) Si usted no se ofendiera, le diría que no me gusta que me llamen de tú.

BAUT.

Pues no se marche vucencia, que tenemos que hablar.

AUR.

Ni me gusta que me llamen de tú, ni menos que me gasten bromas personas que no conozco; por consiguiente, suprima usted sus bromas. ¿Qué tiene usted que decirme? ¿Es que me llama el señor?

BAUT.

No es el señor el que tiene que hablar con usted.

AUR.

Pues entonces no adivino ..

BAUT.

Es este cura el que tiene que decir á usted cuatro cosas, prenda.

AUR.

Bueno, acabe usted de una vez. ¿Qué es lo que tiene usted que decirme?

BAUT.

Pues tengo que decirle que hace un cuarto de hora que ha entrado usted en esta casa, y hace ya veinte minutos que me tiene usted loco.

- AUR. ¡Qué audacia!... Hablarme así usted, un criado.
- BAUT. Adiós, duquesa.
- AUR. (Es verdad, no me acordaba.) A mí no me insulte usted, que no se lo permito.
- BAUT. Con el señorito Ernesto no estaba usted tan arisca.
- AUR. (¡Dios mío, lo ha visto!) Usted ha visto visiones. No sea usted majadero.
- BAUT. No creo que sea una majadería decir la verdad: que tiene usted un cuerpo muy zaragatero y muy juncal y unos ojos muy charranes.
- AUR. Vaya usted á paseo y déjeme usted en paz. (Quiere salir, y Bautista le cierra el paso.)
- BAUT. Si se aviene usted á razones, nos llevaremos usted y yo en esta casa como dos ángeles.
- AUR. O me deja usted pasar, ó grito.
- BAUT. No se incomode usted, guasoncilla. ¿Pa qué va usted á gritar, si no hay caso? (Recogiendo el servicio del café.) ¿Sabe usted que tiene mal genio? Pero no, no importa. En cuanto la dé á usted el primer abrazo, ya es mía. ¡Uyuyuy por las mocitas en el mundo! (Mutis foro.)
- AUR. Pues estoy divertida si al animal este le da por hacer estas cosas. Ya sé cómo acabamos: él con la cabeza rota, porque Ernesto se la rompe, y Ernesto sin dos reales, porque el tío le deshereda en cuanto se entere.

ESCENA VII

AURORA y GONZALO, por la primera izquierda en, mangas de camisa y con la corbata sin hacer

- GONZ. ¡Arrecian las tormentas horrosas!
¡El mar, el barco y yo somos tres cosas!
(Dice esto en el umbral de la puerta con entonación dramática muy exagerada.) ¡Joven! ¡La de rubia guedeja y ojos negros! ¿Quieres hacerme el favor, si la limpidez de tus manos lo per-

- mite, de colocar esta corbata, en estado de plastón, lazo ó nudo corredizo?
- AUR. Le advierto al señorito que no estoy muy práctica en... y mis manos no están muy allá que digamos.
- GONZ. ¡Demasiado allá! Acércate. (Aurora se acerca á Gonzalo, éste se apodera de una mano de Aurora, con alguna resistencia por parte de ella.) ¡Ay, qué mano, qué mano!
Si el armiño te viese, ¡oh criatural
¡De fijo envidiaría tu blancura!
AUR. (¡Ay Dios mío, qué malo se pone esto!)
GONZ. Se te conoce que no eres una fregatriz vulgar; tú has debido beber en buenas fuentes... A ver, á ver si consigues...
AUR. Pero señorito...
GONZ. Vamos, mujer... (Aurora le hace un nudo en la corbata, figurando que hace daño á Gonzalo cuando lo marca el dialogo.) Sé amable para conmigo, que quién sabe si tú y yo... (Quejándose.) ¡Ay! ¿Qué haces?
AUR. Nudo.
GONZ. Bueno; pero flojo, ¿eh? (¡Qué nerviosilla es la chica esta!) ¿Y tú eres de Madrid ó de?...
AUR. Yo... (¡Te vas á divertirl!) Soy de Charitevegaloycincua del Farol.
GONZ. ¿De dónde?
AUR. ¡De Charitevegaloycincual
GONZ. ¡Alguna isla que se ha descubierto ahora!
AUR. No, señor, navarra.
GONZ. ¡Ah, con que navarra... farol!..
AUR. Ya está. (Terminando de poner la corbata.)
GONZ. Y muy bien, gracias
AUR. Si el señorito no me necesita...
GONZ. Sí, espérate. Mañana le dedico un soneto á tu barbilla. (Acercándose: y queriéndola tocar.)
¡Vaya una barbilla!
AUR. ¡Señorito! (Retrocediendo.)
GONZ. ¡No te asustes, ángel humano, que bajo la forma de doncella tímida y pudorosa asaltas el corral de mis pasiones! ¡Tú serás el monarca absoluto que reine en mi pecho!
¡Tú serás la madre!..
AUR. ¡Señorito!

- GONZ. Tú serás la madre de las quintillas que hay en mi cerebro, pues gracias á tí, é inspiradas en tu hermosura, verán la luz en no lejano día.
- AUR. ¿Pero qué dice usted?
- GONZ. ¡Que vales un mundo, y que yo aspiro á poseerte! (Queriéndola abrazar.)
- AUR. ¿Cómo?
- GONZ. Un minuto no más há que te he visto, y me está echando fuego...
- AUR. ¿El corral?
- GONZ. ¡El corazón!
- AUR. ¡Pues apagarle!
- GONZ. ¿Y cómo?
- AUR. Con agua.
- GONZ. Este fuego necesita un bombero femenino, y ese bombero eres tú. (Acercándose mucho á Aurora y queriéndola abrazar.)
- AUR. (¡Caracoles!) No se acerque usted ó grito.
- GONZ. ¡No, gritar no! Ya me retiro, pero ten presente que estoy por tí, de aquí, *fogati*, de aquí, *perduti*. (Llevándose la mano á la cabeza y al pecho, respectivamente.)
- AUR. (¡Y de aquí *guillati*! (Indicando que está loco.)
- GONZ. Hasta luego, paloma.
- AUR. No; Verónica.
- GONZ. Mientras me pongo el chaquet, cuenta con un par de ovillejos. (Desde la puerta y con entonacion dramática.)
- ¿Por qué ante mi camino te pusiste?
- ¡Serás mía, pardiez; me lo propongo!
- ¡¡Mía serás, tan cierto como existe el jabón de los príncipes del Congo!
- (Mutis primera izquierda.)

ESCENA VIII

AURORA. A poco DON CARLOS primera derecha

- AUR. ¡Muy bonito! ¡No sabía yo que mi marido tuviese un primo tan loco!
- CARLOS (¡Hóla, la doméstica!)
- AUR. (¡El tío!)
- CARLOS Oye muchacha...
- AUR. Señor.
- CARLOS Según me ha dicho mi sobrino Ernesto, tú has servido ya.
- AUR. Sí, señor, he servido. Pero ¡ay! con muy poca suerte.
- CARLOS Pues me extraña, porque en casa del Toro tratan muy bien á las criadas.
- AUR. No... Si del Toro no tenía yo queja.
- CARLOS ¡Ah, vamos, de la mujer!
- AUR. Sí... la mujer del Toro... (Será la vaca...) Ella tuvo la culpa.. (Bien me podía haber advertido Ernesto...)
- CARLOS Como eres... tan bonita, tendría celos y... no... no... si me lo figuro todo. El te diría cosas... se darían casos, la mujer sospecharía...
- AUR. No, no señor... es decir, una sola vez se me declaró.
- CARLOS ¿Del todo?
- AUR. ¿En qué quedamos del todo ó del toro?
- CARLOS Digo que si de golpe y porrazo.
- AUR. ¡Ah, sí! Sí, señor, y yo fui y se lo dije á la señora.
- CARLOS Y la señora, para resolver la cuestión, te despidió.
- AUR. Primero me echó el toro, y luego me echó á la calle.
- CARLOS ¿Y del Toro qué?
- AUR. ¡Pues del toro, na!
- CARLOS ¡Vaya por Dios! Pues aquí, afortunadamente, no hay señoras que puedan tomar celos, ni nadie que pueda turbar la alegría de un

corazón que está echando fuego desde que has puesto los pies en esta morada.

AUR.

¿Qué?

CARLOS

¡Que tengo aquí un volcán! (Por el corazón.)

AUR.

(¡Pues, señor, en esta casa debían tener un servicio de incendios!)

CARLOS

¡Eres lo que se llama una preciosidad!

AUR.

(¡Pues, señor, cero y van tres!)

CARLOS

De fijo te sorprenderá que un viejo como yo...

AUR.

(Y decía Ernesto que odiaba á las mujeres.)

CARLOS

¡Pero tengo el alma joven! Y como hasta ahora no he encontrado quien rompa...

AUR.

(¡Quien te rompa el alma!)

CARLOS

Quien rompa el hielo en que vivo.

AUR.

(Con mimo.) Pero, ¿quién ha dicho que es usted viejo? (De este hay que dejarse querer á la fuerza.) Si es usted una manzana y está usted fresco... (¡Y tan fresco!) como una rosa.

CARLOS

(Muy alegre.) ¿Qué dices, chiquilla?

AUR.

(Finhiendo temor.) ¡Ay! Dispense el señor si me atreví...

CARLOS

No, no temas; si me gusta; sigue, sigue con la manzana, digo con la rosa, digo, con lo que quieras.

AUR.

Pues decía... pero... ¡me mira usted con unos ojos! ¡Cómo le bailan á usted!

CARLOS

Pues los tuyos no están muy quietos que digamos.

AUR.

Es que soy muy nerviosa, y...

CARLOS

¡Bravo! Así me gustan á mi las mujeres, con nervios!

AUR.

(¡Claro, y con narices!)

CARLOS

¡Y como tú quieras, vas á saber lo que es canelal!

AUR.

(¡Y tú lo que es un mico!)

CARLOS

¡Zaragaterilla de mi alma!

AUR.

Pero, señor... (En esta casa todos son lo mismo.)

CARLOS

Qué, ¿no te parece bien?

AUR.

A mí... el caso es... (¡Ah, qué ideal!) Creo que es un imposible que yo vaya con ustedes á esa casa de campo, porque...

CARLOS

¿Qué dices?

- AUR. No... por usted no me importa, pero tiene usted un sobrino...
- CARLOS No, dos.
- AUR. Bueno, pero uno es algo atolondrado, y...
- CARLOS ¡Eh! ¡Cómo se entiende! Se ha atrevido...
- AUR. Sí, señor.
- CARLOS ¡Ernesto! ¡Como si lo viera!
- AUR. No, no señor, Ernesto... digo, el señorito Ernesto no ha sido.
- CARLOS Entonces el de los adjetivos.
- AUR. El más feo de los dos.
- CARLOS Entonces, Ernesto.
- AUR. No, señor, Ernesto no es feo.
- CARLOS ¿Pero tú sabes quién es Ernesto?
- AUR. (Demasiado que lo sé.) Sí, señor, el...
- CARLOS ¿El más alto?
- AUR. Justo. El que no escribe barbaridades.
- CARLOS ¿Cómo?
- AUR. ¡O versos, ó como se diga!
- CARLOS Entonces, Gonzalito...
- AUR. Se ha permitido abrazarme, y eso, como usted comprenderá, no está bien, porque si la primera vez que me ve hace eso...
- CARLOS (Cualquiera ve la segunda.) ¡Vaya con el caballere! Hoy mismo le envió á Salamanca á casa de su padre. ¡No faltaba más! Una chica tan bonita como tú verse expuesta... (Y además que me gusta á mí, y lo que hay en mi casa es mío, y si no es mío, por lo menos que lo parezca.)
- AUR. Aquí viene el señorito.
- CARLOS ¿El del abrazo?
- AUR. Sí.
- CARLOS Pues retírate un momento, que yo me encargo de que no te abrace más. (Acompañándola hasta la puerta del foro.) ¡Gloria de mi vida! ¡Pedacito de coco! ¡Cara de ángel! ¡Luz de mi alma! ¡Querube, estrella, divinidad! (Gonzalo, que habrá oído las últimas frases, por la primera derecha.)

ESCENA IX

DON CARLOS, GONZALO

- GONZ. (¿Está diciendo versos mi tío?)
CARLOS ¡Luz! ¡Astro refulgente! (Volviéndose de pronto y viendo a Gonzalo.) ¡Indecente!
- GONZ. ¿Qué?
CARLOS ¿Le parece á usted bonito lo que ha hecho?
GONZ. ¿Eh?
CARLOS Ya está usted arreglando su maleta, y á Salamanca. Yo no puedo tolerar los escándalos en mi casa.
- GONZ. ¡Pero si hoy no he escrito versos!
CARLOS No es eso.
GONZ. ¡Ni he dado voces!
CARLOS Pero ha dado usted abrazos.
GONZ. ¿Eh?
CARLOS Á la nueva doncella, y eso no lo tolero. (Aquí hay que mentir.) Esa joven es hija de un antiguo amigo mío, un pobre marino que murió de un golpe en *El Español*.
- GONZ. ¿En el teatro?
CARLOS En *El Español*, bergantín goleta que un golpe de mar se llevó hace treinta años.
- GONZ. Entonces la joven esa nació varios años después de morirse el padre, porque yo creo que no tiene edad...
- CARLOS (¡Ah, es cierto!) He dicho treinta, ¿eh? Pues no, quince, quince. ¿Pero á qué darte explicaciones? Haces la maleta, y buen viaje.
- GONZ. Pero, ¿qué voy á hacer ahora en Salamanca la *horrída*?
CARLOS Pues lo que haces aquí. Escribir sandeces y soltar adjetivos; porque el hombre es débil, y la mujer, que conoce nuestra debilidad, abusa de nosotros y nos torea de lo lindo.
- GONZ. Eso sí, y la criada que ha recibido usted es una alegoría del toreo.
CARLOS ¿Qué dices?
GONZ. Es de *Navarra*, de no sé qué del *Farol*, y se llama *Verónica*; no la falta más que un ca-

pote en la mano para que la alegoría resulte completa.
CARLOS ¡Muy bonito! Aprovéchalo para un drama. Anda, anda.

ESCENA X

DICHOS. AURORA (foro) seguida de BAUTISTA, que hace mutis después de recoger una bandeja del aparador

AUR. ¡Señor!
CARLOS (Ella.)
GONZ. (¡Qué lástima! Con lo bonita que es...)
CARLOS Espera un momento. (A Aurora.) Conque ya lo sabes, sobrino.
GONZ. Sí, señor; esta misma tarde me voy á Salamanca, y allí... (¡Ah, qué ideal!) (De repente.) Allí doy á luz una obra gigantesca. Ya tengo el título. ¡Precioso! «El pastor de marras.» (Haciendo mutis primera derecha.)
CARLOS ¿Eh? ¿Cómo? ¡El pastor! ¿Me querrá ridiculizar á mí? ¡Ah! ¿Qué querías?

ESCENA XI

DON CARLOS. AURORA

AUR. (Lloriqueando.) ¡Que haga usted el favor de darme la cuenta!
CARLOS ¿Cómo la cuenta?
AUR. Porque me voy de esta casa.
CARLOS ¡Caracoles!
AUR. (Como descubra la verdad, nos mata.)
CARLOS Pero, ¿qué te pasa?
AUR. Que su criado de usted no me deja parar, que no cesa de echarme flores, y que sin duda se ha figurado...
CARLOS ¿Sí? Ahora verás. ¡Bautista! (Llamando.) ¡Bautista! (Toca un timbre.) No tengas cuidado; anda, entra en esa habitación, cepilla una

levita y un gabán que verás sobre una silla, y en cuanto esté limpio, lo traes.

AUR. Está bien.

CARLOS Y no te apures: todo por ti y para ti; he despedido á un sobrino porque se permitió abrazarte, conque á un doméstico, figúrate.

AUR. ¿Echó usted al poeta?

CARLOS Hoy mismo sale para Salamanca.

AUR. Muchas gracias, don Carlos, muchas gracias. (Entra primera derecha, acompañándola don Carlos hasta la puerta. Bautista foro.)

ESCENA XII

DON CARLOS. BAUTISTA

BAUT. ¿Me llamaba el señor?

CARLOS Sí, y por última vez.

BAUT. ¿Cómo?

CARLOS Que estás despedido.

BAUT. Pero, ¿por qué, don Carlos?

CARLOS Porque á mi me da la gana.

BAUT. Eso es que la nueva doncella le ha contao á usted algún infundio, don Carlos.

CARLOS ¿Cómo?

BAUT. Porque yo no he cometido ninguna falta para que el señor me despida.

CARLOS La doncella no me ha contado nada, soy yo quien te ha visto queriéndola abrazar.

BAUT. Es que aquí ya la han abrazado, y hasta la han besao.

CARLOS ¿Eh?

BAUT. Las manos.

CARLOS Mi sobrino, ¿verdad?

BAUT. Sí, señor.

CARLOS Pues ya no la besaré más, yo te lo aseguro. Y le advierto á usted, don Carlos, que ella, cuando la besó en la mano el señorito Ernesto, se estaba quieta, y hasta parece que le gustaba.

CARLOS ¿Cómo Ernesto? Gonzalo, querrás decir.

BAUT. No, señor; Ernesto.

CARLOS Tú estás equivocado; fué el poeta.
BAUT. No tal, el jugador; digo, el otro, vamos.
CARLOS ¿Será posible? ¡Pero esto es un abordaje!
BAUT. Ahí viene el señorito Ernesto. (Señalando segunda puerta derecha.)
CARLOS ¿Sí? Déjame solo. Y ya lo sabes, estás despedido.
BAUT. Pero, señorito...
CARLOS Basta.
BAUT. (Como la encuentre en el pasillo, la zumbo.)
(Mutis foro.)

ESCENA XIII

DON CARLOS. ERNESTO

CARLOS Me voy á tener que ir solo á la quinta, porque éste también se va... ¡Digo! ¡Me río yo de la expulsión de los judíos! ¡Esto sí que es expulsión!

ERN. (Saliendo.) ¡Querido tío!

CARLOS ¡Hola, sobrinito! Hombre, tenía que haberte.

ERN. ¿Sí?

CARLOS Sí. (Magnífica idea.) He pensado que vayas en representación mía á Canarias, para que el negocio, ya que resulte malo, sea igual para ambas partes y no para mí solo, y además para que recojas, mediante una orden mía, el importe de la liquidación.

ERN. Pero, tío...

CARLOS Creo que no tendrás queja. Así no te aburrirás ni perderás tanto dinero en el juego... Anda, vé arreglando la maleta y todo lo que te haga falta. No te descuides, yo te acompañaré á la estación.

ERN. (¡Nos hemos lucido! ¿Cómo saldré de este conflicto?)

CARLOS ¡Pues, señor, cero, y van tres!

ESCENA XIV

DON CARLOS y AURORA

- AUR. Ya está esto. (Sale llevando una levita y gabán en la mano.)
- CARLOS Perfectamente. Oye, Veroniquita, oye; sonríete, mujer, sonríete, anda.
- AUR. ¿Qué?
- CARLOS Que ya puedes respirar tranquila.
- AUR. ¿Cómo?
- CARLOS ¡He sabido lo de Ernesto!
- AUR. (¡Cielos!) (Dejando caer las prendas, que recoge en seguida.)
- CARLOS Y ya no temas...
- AUR. Pero, ¿el qué?
- CARLOS Que te vuelva á besar...
- AUR. (¡Nos vió el criado!)
- CARLOS Porque acabo de darle pasaporte. ¡Alégrate, mujer, alégrate!
- AUR. ¿Cómo? Ernesto...
- CARLOS Desaparece. ¡En la cara se te conoce la alegría que te proporciono!
- AUR. (¡Sí, no está mala la alegría!)
- CARLOS Despedí á Gonzalo y Bautista, ahora á Ernesto. ¡Cero y van tres!
- AUR. ¡¡¡Cero y van cuatro!!!
- CARLOS ¡Cómo!
- AUR. Porque me despide usted á mí también. ¡Yo me voy con Ernesto!
- CARLOS ¿Eh?
- AUR. Sí, señor.
- CARLOS Si se va á Canarias.
- AUR. Aunque se fuera al fin del mundo.
- CARLOS ¿Pero estás loca?
- AUR. No, señor, y basta ya de mentiras y de fingimientos. Sepa usted que su sobrino Ernesto es mi esposo
- CARLOS ¿Pero eso es cierto?
- AUR. ¡Tan cierto como tenemos un Carlitos!
- CARLOS ¿Cómo un Carlitos?

ESCENA XV

DICHOS y ERNESTO

- ERN. Tío...
- CARLOS ¡Venga usted acá! ¿Conque esas teníamos? ¿Conque está usted casado? ¡Desde este momento como si no existiera para tí!
- ERN. (¡María Santísima!) Tío...
- CARLOS ¡No hay tío que valga! De modo que me han estado ustedes engañando como á un chino.
- ERN. Sí, señor, digo no señor.
- AUR. Otro no nos perdonaría, pero usted es muy bueno y comprenderá que en el corazón no manda nadie... y...
- CARLOS (¡Después de todo, eso es verdad!)
- AUR. ¡Y más habiendo un chico!
- ERN. Y siendo esta tan buena, porque es muy buena.
- CARLOS (A mí me lo parecía.)
- ENG. Y tan complaciente...
- CARLOS (¡Ya lo he visto! ¡Para tí sobre todo!)
- ERN. Y bonita... porque Aurora es muy bonita.
- CARLOS (Muy alegre.) ¡Eso sí! (Transición.) ¿Pero cómo Aurora?
- AUR. Aurora Saavedra del Olmo, servidora de usted. ¡Verónica era postizo!
- CARLOS ¡Muy bonito!
- ERN. No, muy bonita.
- CARLOS ¡Digo, que merecían ustedes...! Pero, después de todo, esta tiene razón, si en el corazón no manda nadie, ¿de qué sirve que yo ponga trabas á vuestro cariño? Estais perdonados. ¡A ser felices! ¡A vivir!
- ERN. Muchas gracias, tío. (Ernesto y Aurora abrazan
- AUR. } á don Carlos, después y casi simultáneo se abrazan ellos, apareciendo por la primera izquierda Gonzalo con una sombrerera y una maleta, que deja caer al ver abrazados á Aurora y Ernesto.)
- ERN. ¡Qué alegría!
- AUR. ¡Qué felicidad!

ESCENA FINAL

DICHOS y GONZALO

- GONZ. ¿Eh? ¡Caracoles!
ERN. ¿Pero á dónde vas con la maleta?
GONZ. A Sala... ¿Oiga usted, tío, eso de los abrazos no reza también con Ernesto? (Aparte á don Carlos.)
CARLOS No, no reza.
GONZ. ¿Tiene bula?
CARLOS No, tiene mujer.
GONZ. ¿Cómo? ¿la criada?
CARLOS Esa.
GONZ. ¡Zambombal! ¡Aquí no gana uno para sustos!
CARLOS Conque á ser felices y á tener muchos hijos.
Perdono tus engaños por bonita.
¿Quién no te perdonara si te viera!
AUR. Otro perdón quisiera...
CARLOS Voy á ver si lo alcanzo, sobrinita.
(Al público.)
Buscando tu favor y tu recreo los autores han hecho esta humorada, si se han equivocado y no te agrada perdónalos en gracia á su deseo.

TELON

OBRAS DRAMÁTICAS DE LOS MISMOS AUTORES

DE RAFAEL RAMÍREZ

Los tímidos.

Canuto.

Pequeñeces.

El fuego de anoche.

Escenas sueltas.

De tres á cuatro.

El señor López.

Cero y van cuatro.

DE ENRIQUE JIMÉNEZ DE QUIRÓS

De tres á cuatro.

Cero y van cuatro.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL
PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA



En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los librereros ó agentes.